

en los menores detalles : si los unos usaban un gorro de una manera, los otros lo usaban de otra ; las casas de los Güelfos no tenían mas que dos ventanas ; las de los Gibelinos tres ; las almenas de los primeros eran cuadradas (1) ; las de los segundos como un tablero de damas ; en fin, la escarpela, una flor (2), el peinado, el saludo, y hasta el modo de cortar el pan y de doblar la servilleta, servían para distinguir al Güelfo del Gibelino.

Hombres vigorosos, henchidos de orgullo, y atormentados por la envidia, dos pasiones ardientes de los pueblos meridionales, rechazaban el parecer mas juicioso, sin mas que haber sido propuesto por el partido contrario. Consecuencia natural de esta enconada rivalidad, eran tambien las conspiraciones secretas, la desunion de las familias, cuyos miembros aun los mas allegados, como padres é hijos, seguían distintas banderas, y la facilidad con que por el motivo mas liviano se combatían unos á otros como enemigos los mas encarnizados. El partido plebeyo se sublevaba tumultuariamente, tocaba á rebato las campanas, hacía barricadas en las calles para impedir el paso de los caballos, fuerza principal de la nobleza, asaltaba los palacios fortificados, y atacaba las torres. Arrojadlos de una en otra posición los caballeros, á duras penas lograban abrirse paso, y tenían que sufrir la ley de los vencedores, que se vengaban horriblemente de ellos en sus parientes y en sus bienes (3), en tanto que reunidos en el templo del Dios de paz hacían resonar sus bóvedas con himnos de gracias por la victoria conseguida contra sus hermanos. Pero apenas se encontraban en el campo, donde la caballería podía maniobrar libremente, cuando los nobles recobraban su superioridad. Con frecuencia recurrían, en busca de auxilio, á los señores de los castillos, ó á ciudades de su misma facción, y trataban, como si ellos representaran el Estado,

(1) Así como en todo el recinto de Florencia, excepto en un solo palacio.

(2) En Milan, el color de los Güelfos era el blanco, y el de los Gibelinos el encarnado. En la Valtellina, los Güelfos llevaban plumas blancas sobre la sien derecha y una flor sobre la oreja del mismo lado; los Gibelinos plumas encarnadas y una flor en el lado izquierdo.

(3) « Y si no pudiere haber á las manos al delincuente para castigarle, castigaré á su hijo mayor, ó á los hijos pequeños si puedo apoderarme de ellos. Pero si ni del uno ni de los otros pudiese apoderarme, y si del padre del delincuente, castigaré á este á mi criterio, así en su hacienda como en su persona... Y los bienes de los que hayan incurrido en el delito, serán inmediatamente publicados en el Comun de Pisa, y destruidos, tanto los que radiquen en la ciudad como en cualquier punto del territorio del condado, sin que se permita en manera alguna conservarlos, ni restablecerlos, ni habitar en sus casas, ni cultivar sus campos, ni vender ó enajenar parte alguna de dichos bienes. Y el que lo contrario hiciere, ó bien comprare ó recibiere bajo cualquier otro título alguna porción de esos bienes, sea por ello castigado... »

Y con el fin de impedir la ocultación de las personas y bienes en el caso expresado, tenga el capitán pleno, libre y general arbitrio para sujetar á la cuestión de tormento á quien creyese conveniente, y de castigarle en su hacienda y persona ó en otra cosa cualquiera... y á cualquiera que prendiese al malhechor, y lo presentase al capitán, ó bien lo matase, se le darán L. M. de dineros de los fondos del Comun de Pisa... *Statuto di Pisa ms. § 12.*

con los gobiernos de otros países, ó inducían á la guerra contra el suyo á las ciudades rivales, en cuyo caso ponían sitio á su misma patria, y la obligaban por hambre á que los recibiese de nuevo. Á veces entraban en virtud de tratados, y comprometiéndose con juramento á conservar la paz por espacio de muchos años (1); otras veces derribaban por la fuerza los palacios de sus enemigos, dejando sus ruinas como miserable trofeo de enemistades entre hermanos. Cuando los vencidos de ayer conseguían hacerse vencedores, observaban la misma vengativa conducta que sus contrarios, viniendo de esta suerte á ser interminables y diarias las luchas entre los ciudadanos (2). En 1266 salieron de una sola vez de Cremona cien mil expatriados; de Bolonia fueron desterradas en 1274 trescientas familias compuestas de doce mil personas; cuando Castruccio hostilizaba á Florencia en 1323, mas de cuatro mil Florentinos, miserables restos de los que habían sido expulsados de la ciudad veinte años ántes, vinieron á ofrecerse para defenderla, á trueque de obtener el perdón (3).

Las alteraciones en la constitución hacíanse, no en favor del bien general, sino para dar mas fuerza al partido triunfante y asegurarle en el poder; razón por la cual nunca hubo verdadera seguridad, pues existía siempre un partido descontento que era una palanca poderosa para los que deseaban variar el gobierno. La facción victoriosa, árbitra de los destinos y de la dirección de la ciudad, la comprometía en guerras con sus vecinos, para la cual fácilmente encontraba motivos en la misma falta de paz interior. De aquí el estar la Italia entera convertida en un campo de batalla en que combatían unas ciudades contra otras, á veces por motivos tan frívolos como los de nuestros duelos en el día. Cada ciudad había puesto un nombre injurioso á su rival, y este era un motivo incesante de querellas que nunca terminaban sin efusión de sangre (4).

Un cardenal romano convida en cierta ocasión

(1) En 1282, los Milanenses hicieron una paz por cien años, que acaso no duró un mes.

(2) « Casi todos los días, ó un día sí y otro no, combatían en varias partes de la ciudad los individuos de los partidos rivales que habitaban en diferentes barrios. Para su defensa tenían torres provistas de armas, de unas ciento ó ciento veinte brazas de altura, de las que había un gran número en la ciudad. Y sobre aquellas se ponían balistas para tirar de una á otra, y las calles estaban obstruidas en varios parajes. De esta continua costumbre de guerrear entre sí los ciudadanos, resultaba que un día reñían y al otro comían y bebían juntos, hablando de las proezas en que cada uno se había señalado en aquellas jornadas. » G. VILLANI, V, 9.

« In diebus meis vidi plusquam quinquies expulsos stare milites de Papia, quia populus fortior illis erat. » GUIL. VENT. *Chr. Astense*, c. 8 in *Rer. It. Scr.* XI.

(3) *Cron. Ast.* c. 17. — SAVIOLI, *Ann. bolog. ad. ann.* — G. VILLANI, IX, 245.

(4) Se decía de los de Siena que eran el pueblo mas orgulloso y vengativo de la Toscana; se acusaba á los Romanos de mala fe; á las Genovesas de volubles é impacientes; á los Milanenses de glotonas, etc. En 1132 escribía San Bernardo lo siguiente: « Quid tam notum saeculis quam protervia et fastus Romanorum? gens insueta paci, tumultui assueta, gens immittis et intractabilis usque adhuc, subdi nescia, nisi quum non valet resistere. » DE CONSIDERATIONE, IV, 2. Basta leer á Dante para saber los apodos de todas las ciudades de Italia.

al embajador de Florencia, y le promete regalarle un perrito muy lindo del cual le había hecho los mayores elogios. Llegó el embajador de Pisa que á su vez se enamora de las gracias del animal, y obtiene la misma promesa; y esto da origen á un rompimiento entre las dos ciudades, y á una guerra encarnizada. Un cubo quitado por los Boloñeses á los de Módena, dió motivo á una guerra celebrada en un poema de Tassoni. El robo de un cerrojo hizo estallar entre Anghiari y Borgosansepolcro una lucha, que enrojeció con sangre las aguas del Tíber. Los habitantes de Chiusi pelearon contra los Perusinos para recobrar el anillo nupcial de la Virgen María que un fraile les había robado, y que Perusa conserva aun con el mayor esmero. Las crónicas están llenas de estas enérgicas y ruidosas rivalidades, transmitidas igualmente á la posteridad por la ostentación de vergonzosos trofeos de triunfos conseguidos sobre sus vecinos. Aun se conservan en Génova las cadenas arrancadas del puerto de Pisa; y en la Bolsa habían puesto un grifo que tenía entre sus garras una águila y una zorra, símbolos de Federico I y de Pisa, con el siguiente mote: *Griphus ut has angit, sic hostes Genua frangit.* En Roma habían colocado en el arco de triunfo de Galieno la llave de la puerta Saliccia de Viterbo, por sublevarse contra el Senado. Los Perusinos sacaban muchas veces en procesion las puertas de su enemiga Foligno en su misma carroza, y lo mismo las cadenas del palacio de la justicia de Siena que colocaron sobre la puerta del podestá. Los habitantes de Lodi acuñaron una medalla para eternizar una afrenta hecha por ellos á los Milanenses vencidos. Estos hacían jurar al podestá que jamás permitirían la reconstrucción de Castel-Seprio reducido á escombros. El mismo juramento exigían los de Siena á su podestá respecto al castillo de Menzano, y los de Novara respecto al de Biandrate.

Paces.

Las discordias entre las ciudades se arreglaban á veces por mediación de otras ciudades amigas ó de árbitros designados al efecto; como tambien las diferencias entre las ciudades soberanas y los vasallos ó Comunes se sometían al arbitraje de los cónsules de justicia ó de hombres buenos afamados por su saber. Cuando los agravios inferidos aumentaban la enemistad y la saña de las partes contendientes, y ya no bastaban los medios ordinarios para restablecer la paz, intervenía la religion, remedio universal de aquellos tiempos. Sus ministros, sin otras armas que su palabra, se interponían entre las filas de los combatientes para invitar en nombre del Señor á poner término á las discordias fraternales. Ya hemos visto cómo por su influjo se establecía la tregua de Dios; despues, á mediados del siglo XIII, aparecieron numerosas procesiones de disciplinantes (*Battuti*), compuestas de hombres, mujeres y niños, que siguiendo á un crucifijo en largas y desordenadas filas, flagelándose hasta hacerse sangre, y cantando el *Stabat Mater*, iban de ciudad en ciudad para

intimar la penitencia y restablecer las paces. Esta ruidosa devoción, que no había sido ni promulgada por los predicadores, ni instituida por el pontífice, que rápidamente se había difundido de un extremo á otro de Europa, sin que se supiese por quién ni por qué, hacía penetrar en las conciencias el presentimiento de algun gran desastre con que Dios iba á castigar á la tierra en expiación de sus pecados. Cesaron, pues, los bailes y las canciones amorosas para ceder el puesto á las peregrinaciones y cánticos piadosos; los usureros y ladrones restituían los bienes mal adquiridos; los pecadores endurecidos se confesaban y volvían al camino de la virtud, y se apagaban los odios mas violentos como un incendio bajo un monton de tierra.

Florencia ha conservado una de estas asociaciones en la Compañía de la Misericordia, cuyo instituto es acudir en todos los casos de riñas ó peligros para impedir el mal ó remediarlo; y Roma tiene tambien sus *Sacconi*, envueltos en una capucha que les cubre hasta el rostro, los cuales cuando algun furioso prorrumpe en blasfemias, ó está pronto á venir á las manos, se le ponen delante sin hacer otra cosa que extender hácia él sus manos juntas; y esta súplica muda basta muchas veces para detener la blasfemia en los labios, y el cuchillo levantado en la mano.

Las dos nuevas órdenes de Dominicos y de Franciscanos se ocuparon especialmente en acallar las enemistades, en interponerse como mediadores en las diarias reyertas, y en restablecer la paz por medio de la persuasión entre las familias poderosas y entre las ciudades rivales. Y tanta era su influencia, que aquellos corazones feroces en quienes no había hecho mella ni la fuerza de las leyes, ni el poder de los magistrados, se ablandaban con las exhortaciones piadosas; y ya á punto de herirse, volvían los aceros á la vaina, y se abrazaban deshechos en lágrimas los que un momento ántes eran encarnizados enemigos. San Francisco de Asis concluyó con su mediación un gran número de paces. Á ejemplo suyo, Ugolino, cardenal de Ostia, reconcilió á Génova con Pisa en 1217; y otros religiosos reconciliaron á Milan con Plasencia, á Tortona con Alejandria.

Poco despues, el obispo de Reggio restableció la armonía entre Boloñeses y Modenenses. El cardenal Giacomo, obispo de Preneste, puso de acuerdo en Verona á los Montescos y Capeletes; otro tanto hizo el monje Gerardo en Módena, su patria; el bienaventurado Jordan de Forzate entre los habitantes de Vicenza, y fray Leon de Perego entre los Milanenses. En 1279, el fraile dominico Latino reconcilió en Bolonia á los Lambertazzi con los Geremci; en Faenza á los Acarisii con los Manfredi; en Rávena á los Polenta con los Traversari. Por último, San Bartolomé de Vicenza instituyó la orden militar de Santa María de la Gloria, para mantener la tranquilidad en las ciudades de Italia. El sastrero Giacomo Barisello enarboló en Parma (1266) el



signo de la redención, y formó la cofradía de la Cruz con cincuenta compañeros, con los cuales iba de casa en casa reconciliando á Güelfos y Gibelinos, y haciendo jurar fidelidad al papa. Esta cofradía alcanzó tanta boga, que llegó hasta tener magistrados de su seno con jurisdicción propia, y á intervenir en los asuntos del Comun, en los cuales ejerció una grande influencia durante medio siglo (1).

En Milan, nobles y plebeyos, en una de las varias disputas entre ellos suscitadas, se remitieron al arbitraje de cuatro religiosos y aceptaron su fallo: habiendo estallado despues una nueva querrela, los disidentes se reunieron en Parabiago, donde dos failes dictaron las condiciones de un convenio amistoso; mas tarde vino á predicar á esta ciudad el bienaventurado Amadeo, caballero portugues, é hizo construir el templo de Santa María de la Paz con el producto de las limosnas que recogió. Muchas enemistades públicas y privadas se apaciguaron en la Valtellina y en el canton de Como por fray Venturino de Bérgamo, que determinó á diez mil Lombardos á ir en peregrinacion á Roma, gritando paz y misericordia, y manteniéndose de limosnas. Fray Bernardino de Siena, así como su compatriota Silvestre, tambien religioso, á quien los magistrados de Milan y de Como llamaron para restablecer el órden en el gobierno, hicieron los mismos buenos oficios en Lombardía. El cardenal Nicolas de Prato pacificó á Florencia (2). « Reunido el pueblo en 26 de abril de 1304, en la plaza de Santa María la Nueva, á presencia de los señores, se hicieron muchas paces besándose la boca en señal de reconciliación y se celebraron gran número de contratos. Estipuláronse penas contra los contraventores: los Gherardini y los Almieri se reconciliaron teniendo ramas de olivo en las manos, y las paces parecían hechas tan á gusto de todos, que habiendo en aquel día una copiosa lluvia, nadie abandonó su puesto ni tan siquiera aparentó sentirla. Hubo vistosos fuegos artificiales, se echaron á vuelo las campanas de las iglesias y fué general el alborozo (3). »

Pero ningun ejemplo de paces concertadas fué tan notable y ruidoso como el de Juan de Schio, de la órden de predicadores. Enviado por el papa Gregorio para calmar el furor de los tiranuelos que destrozaban la Marca de Treviso, hizo en todas partes reconciliaciones prodigiosas, redujo con su voz á los facinerosos, y dió

(1) AFFÓ, *Stor. di Parma*, tom. III, p. 274-293.

(2) El papa Gregorio X dirigió en 1273 estas bellas palabras á los Florentinos, exhortándoles á llamar á los expulsados Gibelinos: « Gibellinus est, at christianus, at civis, at proximus. Ergo hæc tot et tam valida conjunctionis nomina, Gibellino succumbent? et id unum atque mane nomen, quod quid significet nemo intelligit, plus valebit ad odium, quam ista omnia tam clara et tam solide expressa ad charitatem? Sed quoniam hæc vestra partium studia pro romanis pontificibus contra eorum inimicos suscepisse asseveratis, ego romanus pontifex, hos vestros civis, et si hæcenus offenderint, redeunt tamen ad gremium recipi, ac remissis injuriis, pro filiis habeo. »

(3) DINO COMPAGNI.

libertad á los prisioneros; hasta tal punto que los pueblos le reputaban por santo, y le salían al encuentro con las banderas desplegadas y con el carroccio. Para terminar su mision, dispuso que todos se hallasen en día fijo en la llanura de Paquara, á tres millas de Verona. De todas partes acudió la muchedumbre cantando alabanzas al Señor, y quince obispos, todos los barones del distrito, los condes de San Bonifacio, los señores de Camino, los de Camposampiero, el terrible Salinguerra de Ferrara, y Ecelino y Alberico de Romano, todavia mas formidables, vinieron á oír predicar al fraile la paz y la caridad. Habiendo subido al púlpito y tomando por texto: *Os doy mi paz, mi paz os dejo*, se expresó con una elocuencia, que en vano el arte trataría de imitar, puesto que su eficacia provenía de lo grandioso del espectáculo y de la fe con que el auditorio escuchaba al predicador, á quien tenia por santo. Á la mágica influencia de sus palabras, que muy pocos podían oír aunque todos las sentían, era de ver á aquellos hombres vengativos darse golpes de pecho en señal de arrepentimiento, y luego abrazarse unos á otros, pedirse perdón y prometerse amistad eterna. Y cuando exclamó el fraile: « Bendito sea el que » mantenga esta paz, maldito el que vuelva á » abrir su corazón al odio; » repitieron cien mil voces las palabras *bendito* y *maldito* (1).

Sin embargo, como las dos facciones se disputaban el poder supremo, y cada una le quería para sí en la persuasión de que la que no lo obtuviese viviría oprimida, era punto ménos que imposible una verdadera avenencia. Por consiguiente estas reconciliaciones, determinadas por motivos generales de caridad y de religion, dejaban oculto bajo la ceniza el fuego de la discordia, que ardía de nuevo tan pronto como se enfriaba el entusiasmo; y á veces, al mismo tiempo de jurar la paz, una mirada desdenosa, una palabra picante, un gesto mal interpretado, hacía tirar otra vez de la espada.

Sería un vano empeño querer seguir paso á paso todas estas guerras sin gloria, interrumpi-

(4) Como en los grandes movimientos populares se reproducen las mismas escenas, se parece algun tanto á la que estamos refiriendo la que tuvo lugar en la Asamblea legislativa el 7 de julio de 1792. En lo mas recio de las acusaciones de los Girondinos contra los Jacobinos, cuando se echaban en cara unos á otros el terrible cargo de hacer traicion á la patria, se levanta Lamourette, obispo constitucional de Lyon, y hace presente que la única causa de los males públicos era la división entre los representantes del país: « Oh! celui qui réussirait à vous réunir, celui-là serait le véritable vainqueur de l'Autriche et de Coblenz. On dit tous les jours que votre réunion est impossible au point où sont les choses... Ah! j'en frémiss! mais c'est là une injure. Il n'y a d'irréconciliables que le crime et la vertu. Les gens de bien disputent vivement, parce qu'ils ont la conviction sincère de leurs opinions, mais ils ne sauraient se haïr. Messieurs, le salut public est dans vos mains, que tardez-vous de l'opérer?... Jurons de n'avoir qu'un seul esprit, qu'un seul sentiment; jurons-nous fraternité éternelle! que l'ennemi sache que ce que nous voulons, nous le voulons tous, et la patrie est sauvée! » Estas palabras fueron acogidas con un aplauso universal y espontáneo: abrazáronse mutuamente los mas encarnizados enemigos; ya no hubo derecha ni izquierda, montaña ni llanura. — Un mes despues sobrevenia el 10 de agosto.

das por paces momentáneas, diversas en su accidentes, aunque uniformes en sus causas, y que acaban por ser monótonas, como las tempestades que se contemplan por largo tiempo.

Aquellas enemistades continuas debilitaban el sentimiento moral de los deberes de nacion á nacion y de hombre á hombre. Los celos y disputas impedían que se formase un espíritu público y una opinion poderosa, capaz de engendrar un porvenir glorioso. No podía la patria echar mano de sus mejores hijos rechazados de su seno, ora como Güelfos, ora como Gibelinos. Las facciones no pensaban en establecer un gobierno recto, sino en alcanzar el triunfo sobre sus contrarios y hacerle servir en su provecho; para lo cual adoptaban toda clase de medios aun los mas nocivos á la libertad y á la justicia, no aconsejándose mas que del afecto ó del odio.

No hay momento mas peligroso para las libertades públicas que el de una victoria. Embriagados con ella, los pueblos no temen desde entónces ningun peligro, ni fijan límites al que les ha proporcionado el triunfo: hasta creen conveniente darle mayor poder para que tenga sujeto al partido contrario. Pero los medios que se ponen á su disposicion con este fin, pueden fácilmente servir para servidumbre y ruina de la patria. Habiendo los Ruscas quedado vencedores en Como, en 1283, fueron autorizados los tres podestades del Comun, del pueblo y del partido dominante, con un consejo de prohombres elegidos por ellos, para restablecer la constitucion que juzgáran mas ventajosa al partido de los Ruscas y al Comun de Como. Restablecidos los Vitani en 1296, su podestá decretó que se crearían todos los meses dos podestades de este bando con el fin de mantener su predominio y la humillación de los Ruscas, cuyas enseñas fteron echadas por tierra. Se anuláron sus ventas y donaciones; sus vasallos y clientes fueron despojados de todos los derechos adquiridos en el trascurso de diez y ocho años; se declararon de ningun valor los juramentos que se les habia prestado durante su mando, y quedaron demolidas sus torres y sus casas. En Pisa, el capitán del pueblo tenia « plena, libre y general accion contra todos y cada uno de los nobles, ú otra cualquiera persona (1). » Véase, pues, como en medio de estos disturbios interiores no vacilaba el pueblo en despojarse de sus derechos soberanos, confiándoseles ora á una asamblea, ora á un solo magistrado. Así Milan conferia en 1301 autoridad para hacer leyes al capitán del pueblo, al juez de la cofradía (*credenza*) de San Ambrosio y al prior de los ancianos del pueblo. En otra parte se confiaba un poder dictatorial á un consejo de cinco personas llamado *del arbitrio*: autorizaciones temporales ciertamente, pero que debilitaban el sentimiento celoso de la libertad.

(1) *Stat. di Pisa*.

En los pueblos libres solo se gobierna por medio de facciones, ó mejor dicho una de estas es el mismo gobierno, que será tanto mas fuerte y mas perseverante cuanto mas estables y compactos sean los partidos en que el pueblo se divide. Pero partidos de esta índole no se forman ni mantienen, sino donde existen entre los intereses de los ciudadanos desemejanzas y oposiciones tan evidentes y duraderas, que los espíritus se ven naturalmente impulsados á fijarse en una de las opiniones contrarias; al revés, es difícil adherir muchas personas á una misma idea política en los países en que son casi iguales los ciudadanos, porque entónces, necesidades efímeras, frívolos caprichos y los intereses particulares crean y destruyen á cada instante las facciones, cuya movilidad é incertidumbre hace enojosa la independencia, y pone en riesgo la libertad, no porque haya que temer la excesiva fuerza de alguno de estos partidos, sino porque ninguno de ellos se halla en estado de gobernar.

Tampoco producen gran daño las facciones cuando tienen su origen en el seno mismo de la constitucion, porque entónces sus miras é intereses se confunden con la esperanza de un buen gobierno: á ellas mas bien deben su prosperidad las naciones regidas por una constitucion libre, pues ora la balanza del poder se inclina del lado de la facción aristocrática, ó de la democrática, ora del lado del gobierno ministerial ó del gobierno real, el objeto que todos se proponen es siempre el bien del país. Pero cuando se mezcla á ellas, como en Italia, una levadura extranjera, el interes de la facción se considera como superior al interes nacional, y todo se sacrifica á trueque de alcanzarlo. Toscana y Venecia fueron democrática la una y aristocrática la otra, y no obstante esta diferencia, ambas se sostuvieron largo tiempo: no sucedió lo mismo en Lombardía, donde Güelfos y Gibelinos dirigian sus miradas fuera de la patria, y la sacrificaban á extraños intereses (1).

(1) « Las ciudades que se administran bajo el nombre de república, especialmente las que no están bien organizadas, cambian á menudo su gobierno y sus instituciones, no pasando de la libertad á la esclavitud como muchos creen, sino de la servidumbre á la licencia. Pues si bien es cierto que invocan la libertad los ministros de la licencia, que son los individuos del pueblo, y los ministros de la servidumbre, que son los nobles; unos y otros solo la invocan de nombre, no deseando en realidad mas que el no estar sometidos á las leyes. Cuando acontece, lo cual es muy raro, que surge por dicha en una ciudad un ciudadano prudente, probo y poderoso, que establece leyes á propósito para calmar el humor inquieto del pueblo y de los nobles, ó los refrena de modo que no puedan producir daños ni desórdenes, entónces aquella ciudad puede llamarse libre, y considerarse aquel estado como firme y estable. Con efecto, fundándose este órden de cosas en buenas instituciones y leyes, no necesita como en otras partes de un hombre que lo sostenga con su habilidad ó con su valor. Las repúblicas antiguas, cuya existencia fue larga, estuvieron dotadas de instituciones y de leyes de esta clase: al contrario han faltado y faltan á todos las repúblicas que han hecho y hacen pasar un gobierno de la tiranía á la licencia y de esta á aquella; porque en estos dos estados no puede haber seguridad ninguna en razon de los enemigos poderosos con que cuenta cada uno. Y con efecto, el uno desagrada á los hombres honrados, el otro no gusta á los hombres prudentes; el uno fácilmente puede causar el



Guardémonos, empero, de juzgar aquellas luchas con las ideas de un siglo que mira en el reposo el primer elemento de la felicidad, y de abandonarnos á las patéticas exclamaciones de los que no saben ver en ellas mas que riquezas dilapidadas y hermanos asesinados por hermanos. Los filósofos del siglo pasado incensaban á una reina que gastó cuatrocientos cincuenta millones en regalar á sus amantes. La desgraciada alianza de Francia y de Austria en 1756 fué motivada por una chanzoneta de Federico de Prusia sobre el estilo del cardenal de Bernis, y trajo consigo una guerra de siete años, sin mas resultado que haber perecido ochocientas setenta y nueve mil personas. Luis XIV, amigo de grandes edificios, hacía construir el pequeño palacio de Trianon, y pareciéndole una ventana mas pequeña que las otras, se lo hace reparar á Louvois, superintendente de las obras públicas: el ministro afirma que el rey se equivoca, este sostiene su aserto, se irritan ambos, y al fin concluyen por donde debieran haber empezado, esto es, por medir la ventana. Resultó que el rey tenía razon; pero Louvois, á fin de no desdecirse, suscitó guerra con el imperio, y para que el rey no tuviera tiempo de pensar en la ventana, puso á la Francia al borde del precipicio. También las guerras dinásticas de los siglos modernos (1) suministran sobrados ejemplos que oponer á los que se fofan de las repúblicas de Italia. De seguro que la campaña de Moscu costó en pocos meses mas hombres que todas las batallas de los Comunes italianos.

¿Quién puede negar que aquellas guerras causaban daños y padecimientos infinitos? Pero téngase en cuenta que eran inevitables entre tantas pequeñas repúblicas trabajadas por multitud de elementos extraños que era forzoso asimilar ó destruir. No eran, como hay quien se complace en decirlo, el fruto de la libertad, sino esfuerzos hechos para conquistarla; ni consecuencia del odio de ciudad á ciudad, sino de Güelfos á Gibelinos, de republicanos á imperiales.

Y ¿cómo podía esperarse de gentes recién emancipadas, y de pasiones todavía indóciles, que aunáran sus esfuerzos en favor del interes público, que se reconcentrasen en un pensamiento general, que tuviesen bastante abnegación y criterio para subordinar las inclinaciones personales á una ventaja comun bien entendida,

mal, el otro con dificultad puede hacer el bien; en el uno tienen demasiada autoridad los hombres insolentes, y en el otro los necios; y por último, se necesita que uno y otro sean mantenidos por el valor y la fortuna de un hombre, á quien puede arrebatarse la muerte, ó á quien pueden hacer inútil los trabajos excesivos. MACHIAVELLI, *Storie*, lib. IV.

(1) Uno de los motivos por los cuales Carlos X de Suecia declaró la guerra á Polonia en 1655, fué porque Juan Casimiro le habia escrito al rey de Suecia solo con dos, etc., e. tc., en lugar de tres. Coxe dice en la *Vida de Maximiliano I*: « El matrimonio de Maximiliano de Austria con la heredera de Borgoña ocasionó entre estas dos potencias un odio que hizo derramar durante siglos torrentes de sangre. » Las guerras de Napoleon costaron á la Francia solamente en dinero 40,000,000,000 de francos.

para acometer con fe empresas que llevadas á cabo deben ser provechosas aun á los mismos que las combaten; en suma, que comprendiesen el patriotismo tal como nosotros le entendemos? Pero por mas que sea peligroso el tener una opinion constante, es siempre muy digno y propio de hombres de buen temple: la pretension de ser útil á su país merece aprecio, aun cuando sea errónea, como tambien el valor de adoptar una causa y de proclamarla con la cabeza erguida. Durante estos debates interiores tomaba creces la existencia individual; y tan verdad es esto que cesó toda actividad en Italia desde el momento en que desaparecieron las divisiones políticas que fermentaban en su seno. Sus enemistades no tanto provenian de un carácter vengativo y colérico como de una inteligencia penetrante y activa, impulsada á conocer lo mejor y á sentir no poseerlo; porque la falta de equilibrio entre las necesidades y los medios de satisfacerlas hace que el hombre combata y se esfuerce por conseguirlo; lo cual le pone en el inevitable caso de chocar con sus vecinos. Hay tiempos en que la unanimidad nacional se parece á la calma producida por la opresion comun; pero en la época de que nos ocupamos todo hombre discurría y obraba por sí mismo, y se afanaba por llegar á un fin que claramente veía por medio de su eleccion exclusiva; consistiendo su mayor felicidad en aquella agitacion constante, en aquella existencia siempre ocupada en los intereses públicos, en aquel drama continuo, en aquella lucha de pasiones, en aquellas disputas de derecho y de honor mas bien que de intereses materiales, en aquel animado caminar hácia un objeto siempre diverso y siempre importante, en aquellos padecimientos experimentados por una noble causa, y en aquellos triunfos de la patria ó de su propio partido. Nada hay mas dulce para el hombre que contribuir á la felicidad y á la gloria de su país, no obedecer mas que á las leyes sancionadas por él mismo, no tolerar otras cargas que las impuestas con su consentimiento, no reconocer mas que las autoridades por él elegidas, salir en suma del estrecho círculo de la vida individual y doméstica para vivir y sentir en comun; y dar de este modo impulso á las acciones generosas ó recibir su influencia. Con efecto, las pasiones políticas extravían el alma y aun pueden depravarla, pero no la envilecen; y por ellas conoce el hombre su propia dignidad, que fácilmente se olvida ó se pierde entre los innobles cálculos del cortesano, del satélite ó del publicano.

Al leer en las historias estas querellas y estos combates tan renovados, se inclina uno á creer que aquello era una no interrumpida carnicería. No se tienen en cuenta los largos intervalos de paz; ni se quiere recordar que aquellas batallas acababan en pocos días ó acaso en uno solo, y que eran tan poco sangrientas que hasta excitaban la burla de los políticos inhumanos del siglo xv, que veían otra cosa en

aquellas en que intervenian los extranjeros (1).

No se conocian entónces los penosos y no interrumpidos trabajos de los cuarteles y de las guarniciones. Al tóque de la campana todo hombre tomaba las armas todavía abolladas por el hacha alemana ó por la espada feudal; corria á formar bajo la bandera de su parroquia, y marchaba al combate: si salia vencedor, aquella misma tarde ó al siguiente dia tornaba á su patria, ostentando los trofeos quitados al vencido: si salia herido, era curado en su propia casa. Quizá no se ha hecho cuadro mas fiel de aquellas batallas que en el poema heróico-cómico de Tassoni, anteriormente citado (2).

Tambien juzgamos mal cuando no vemos en estas guerras mas que discordias fratricidas. Los extranjeros habian ocupado el país y desposeido á los naturales, reduciéndolos al estado de siervos ó de plebe sin ningun derecho; mientras que ellos, bajo el nombre de feudatarios y de nobles, se habian apoderado de todos los privilegios, de la dominacion y de las propiedades, declarándose nacion. Á nosotros, para quienes el nacer en la plebe ó en la clase de los patricios, no es mas que una distincion que solo hace impresion en el pobre sentido del vulgo, nos parecen ridículas y dignas de compasion aquellas contiendas promovidas entre los dos órdenes; pero á la sazón la lucha significaba la preponderancia de los extranjeros ó de los nacionales; si nuestros padres debian ó no continuar su lánguida existencia apegados á la tierra que regaban con su sudor y de cuyos productos no disfrutaban; y si el señor que era dueño de esta tierra por derecho de conquista, podía ó no hacer de ellos su voluntad hasta el punto de matarlos, sin mas responsabilidad que pagar unos cuantos sueldos.

Prevalece la plebe; pero el partido que domina, emplea la astucia y la fuerza para corromperla y reprimirla, y en caso necesario se asocia para este fin con la potencia extranjera á que debe su origen. En el curso de la contienda va oscureciéndose el objeto de aquella division, aunque no por esto deja en el fondo de existir. Posteriormente van uniéndose los partidos, se mezclan los unos con los otros; en el nombre de la faccion se confunde la diferencia de sus respectivos orígenes y todos se llaman Italianos. Locura sería decir que aquellas discordias entregaban la patria al yugo extranjero. Al contrario, jamas pudo considerarse la Italia tan italiana como entónces, y ¿qué trabajos tan prolongados debieron emplear aquellos extranjeros para corromperla ántes de llegar al

(1) Véase en muchas partes á Machiavello, quien dice que las guerras ántes de su tiempo empezaban sin miedo, se hacian sin peligro y acababan sin estrago: lib. V. Guichardini dice tambien que la batalla de Taro fué memorable, porque fué la primera despues de mucho tiempo en que se peleó con pérdida de hombres y efusion de sangre en Italia.

(2) Con la misma preocupacion solemos juzgar las discordias civiles de otros países. En las dietas de Polonia de 1763, se descargaron mas de cien mil sablazos, y apenas murieron diez personas, porque en circunstancias semejantes no tenian los Polacos costumbre de afilar las espadas.

caso de sujetarla! ¡Y qué cambio debió verificarse en todos aquellos Comunes que habian promovido la agitacion y levantado el grito para poderlos doblegar á la desdiosa flexibilidad que requiere la obediencia!

Esto no impide que se deplora aquel continuo fraccionamiento en partidos, cuyas nocivas consecuencias alcanzaron á la mas remota posteridad. Las ciudades, mirándose recíprocamente con odio y desconfianza, jamas lograron constituir una federacion de utilidad general que hubiera servido para su defensa comun. Estas divisiones internas llevaron la lucha hasta la alta política, porque ambos contendientes trataron de procurarse un apoyo en el exterior. Al fin el partido popular prevaleció casi en todas partes; pero como era naturalmente receloso y el ménos experimentado en los negocios públicos, y como tampoco podia entregarse exclusivamente á ellos, renunciaba el ejercicio de sus propias fuerzas y derechos en favor del mas atrevido, ó del que era mas intrigante y versado en tales materias. De este modo se establecieron las tiranías que heredaron las atribuciones de las libertades comunales.

Muy difícil es corregir los males que acompañan siempre al establecimiento del régimen liberal; muy lentos son tambien los resultados que dan estos trabajos; y así es que la mayor parte de los hombres que los emprenden se rinden al cansancio ó incurren en la impaciencia. Pocas veces el Cielo hace nacer en tales circunstancias héroes que puedan elevar á todo el pueblo hasta su propia altura, y que tengan por condicion y como único medio de conseguirlo el libre concurso del mismo pueblo. Pero entre tantos males, se extendia y tomaba inmensas proporciones la civilizacion. Á los que deploran aquellos tiempos borrascosos, podrá responderseles con el rápido engrandecimiento de las repúblicas italianas. En el tiempo que trascurrió hasta la paz de Constanza, todas las ciudades construyeron excelentes edificios para la comodidad interior, y magníficas obras de defensa y de ornato público. Se renovaron las murallas, se empedraron las calles, se hicieron caminos, puentes y acueductos, se levantaron casas consistoriales, desplegando á porfía en su construccion la mayor magnificencia y solidez. Todas las ciudades establecieron sus catedrales dentro de sus muros; todas embellecieron lujosamente sus iglesias, en las que se veía unido al mas ardiente celo religioso el amor á la poblacion en que habian nacido, considerando el templo como la mas noble y sensible imágen de la patria.

En 1157, los Milanese invirtieron en obras cincuenta mil marcos de plata, los cuales, segun la reduccion de Giulini, vienen á ser unos veinte millones de francos. La construccion del canal grande (il naviglio grande) que conduce el agua del Tesino á una distancia de treinta millas para regar la llanura occidental de aquella poblacion, se emprendió en 1179; despues,